pestiva y en esto como en todo se necesita cordura y buen sentido.

En cuanto á la distribucion del discurso, el exordio se suele tomar de lo que han dicho los preopinantes; la proposicion falta muy á menudo, pues sabido es ya el asunto sobre que se va á hablar; la confirmacion es la parte mas larga é importante, y la peroracion debe ha- corta y brillante.

Los debates parlamentarios dan pocas veces lugar á que el orador prepare y componga su discurso de antemano. En la tribuna francesa ha sido muy comun subir los oradores de diferentes bandos á leer sus discursos escritos, lo cual es impropio del lugar y de una verdadera discusion. Esta entónces no existe: se reduce á una vana ostentacion de ingenio; y los oradores opuestos son como dos ejércitos enemigos que desfilan en presencia uno de otro haciendo inútil alarde de sus armas, pero sin combatirse. Ademas, la lectura no produce nunca el efecto de la improvisacion: aquella es tan monótona y cansada, cuanto esta variada y llena de animacion. Un discurso improvisado hará siempre mas impresion en el auditorio que otro leido, aunque sea de mérito inferior. Lo que respecto de esto se puede aconsejar al orador, es que estudie á fondo la materia, que se familiarice con ella y se haga dueño del asunto: que lleve apuntes bastante extensos y coordinados, de modo que pueda hallar en ellos fácilmente cuanto necesite; que si es posible, tenga dispuesto en su mente el órden de su discurso, y preparados los principales argumentos: tampoco daña que algunos trozos estén compuestos y aprendidos de memoria para decirlos en el lugar oportuno; pero ni aquel órden, ni estos trozos, deben ser tan invariables que no pueda modificarlos segun lo vaya requiriendo el órden de la discusion. Entónces, si le toca hablar, puede seguir el hilo de sus ideas, intercalando las nuevas, y presentarlas en el lenguaje propio de la ocasion, dejando que el calor de la improvisacion le sugiera las locuciones convenientes. La improvisacion suele incurrir en el defecto de los giros largos y viciosos, de las repeticiones molestas, dando al lenguaje cierta flojedad y languidez que le hacen arrastrado y molesto. Es preciso estar muy alerta contra este defecto: acostumbrarse á ser breve y preciso, á cuidar mucho de la elegancia en el estilo. Para esto conviene que los principiantes se contenten con discursos cortos y bien meditados, hasta que adquieran aquella firmeza, aquella presteza de ánimo y posesion del buen lenguaje que únicamente pueden dar el hábito y la práctica de recitar discursos bien preparados. Aunque la elocuencia es un don natural, la práctica influye tambien mucho, dando una facilidad y soltura que sin ella no suelen tenerse.

Entre los escritores políticos y moralistas castellanos se cuentan principalmente el infante don Juan Manuel, Alfonso de la Torre, Fernan Pérez de Oliva, don Antonio de Guevara, Luís Mejía, Francisco Gervántes de Salazar, Francisco de Villalóbos, Antonio Pérez, don Diego de Saavedra Fajardo.

Nuestros historiadores suelen poner en boca de sus personajes discursos y arengas, de los cuales pueden muchos servir de modelos.

En cuanto á elocuencia parlamentaria, no hemos tenido los españoles ocasion de ostentar nuestras felices disposiciones hasta al siglo actual; pero en lo que llevamos de gobierno representativo, han aparecido oradores que en nada ceden á los de otras naciones.

Ramo y no poco importante, de la elocuencia política moderna, son los periódicos, cuyos artículos llamados de fondo, no son en realidad mas que unas arengas que un particular dirige todos los dias á una multitud de personas esparcidas en toda la superficie de un Estado. Los periódicos han reemplazado la antigua elocuencia popular, y heredado toda su pasion, vehemencia y acrimonia. Aquí se permite un escritor, lo que como orador no se atreveria á decir en el parlamento: aquí se entrega á toda la fogosidad de sus pasiones, á lo avieso de sus rencores, á las malas instigaciones del espíritu de partido, á las acriminaciones mas sangrientas y aun á los insultos mas groseros. Sin embargo, en los escritores, que se respetan en tiempos y naciones donde los odios políticos no están enconados ni se muestran sangrientos, el periodismo va adoptando las formas de la buena discusion parlamentaria, aunque siempre con mas calor y vehemencia. Para esto no hay mas reglas que recomendar que las que convienen á una polémica urbana y decorosa, fundada en la solidez de las doctrinas, en lo profundo y escogido de los argumentos, en la templanza del estilo, y en el respeto que se deben guardar los hombres de educacion unos á otros, ora se hablen cara á cara, ora se oculten bajo el nombre de un editor responsable.

CAPÍTULO II.

Composiciones históricas.

Entiéndese por *historia* la narracion de sucesos pasados, hecha para la instruccion de los hombres actuales y venideros. Son tantas las diferentes maneras de escribir la historia, tantos los sistemas que se han seguido respecto de esto, tal la variedad que existe entre los mas célebres historiadores, que no es posible fijar reglas generales, y por lo tanto nos contentaremos con algunas reflexiones é indicaciones históricas.

En la primera edad de las sociedades, cuando todo es nuevo para el hombre, cuando todo se presenta lleno de atractivos á su florida imaginacion, exige en la historia un interes poético. Los hechos de sus antepasados se conservan y trasmiten de padres á hijos en canciones guerreras que se entonan al entrar en los combates, ó en romances que son el embeleso de un pueblo sencillo y poco escrupuloso, con tal de que se hable á sus pasiones fáciles de enardecerse. Si la vida social ha recibido ya cierto desenvolvimiento, si se poseen los medios de dar mas extension á las narraciones y de perpetuarlas, entónces los romances y canciones se convierten en libros, y la historia, conservando su carácter poético y patriótico, se parece mucho á un poema en que los hechos verdaderos están confundidos con las fábulas y sucesos maravillosos.

Si ademas de estar la sociedad poco adelantada, viven los hombres aislados, si la patria existe apénas para ellos, la historia pierde su generalidad, y solo presenta crónicas sencillas mezcladas con fábulas y leyendas, pero señaladas siempre con aquel carácter poético que en

semejante época es una necesidad del entendimiento humane el hallar por donde quiera.

Si mas tarde, la civilizacion se va desarrollando en un país, sin que la libertad se establezca en él, sin que la política adquiera extension y energía; cuando llega el tiempo de las luces, de la riqueza y del reposo, los hombres buscan en la historia un interes filosófico. Abandonando el campo de la poesía, pierde su sencillez, y ya no ofrece aquella fisonomía llena de verdad y de vida que un tiempo la distinguia. Los caractéres individuales ocupan poco lugar, y dan ménos señales de vida; os nombres propios se hacen mas escasos, y la narracion de los hechos, como igualmente la pintura de los hombres, es mas bien el pretexto que el asúnto peculiar de los escritos. Todo se generaliza; los lectores quieren hallar un cuadro de la marcha seguida por la civilizacion, una especie de teoría de los pueblos y de los hechos mismos. La historia es entónces una serie de disertaciones sobre los progresos del género humano, y no parece sino que el historiador anhela solo resucitar el esqueleto del tiempo pasado para revestirle con ideas generales y consideraciones filosóficas.

Si una civilizacion avanzada ó un gran desarrollo del entendimiento humano, coincide en un pueblo con una vida política animada y fuerte; si los afanes de la libertad, exaltando los ánimos, dan energía á los caractéres; si la actividad de la vida pública se une á las necesidades generosas del pensamiento, la historia se presenta con otra forma, y por decirlo así, se hace práctica. Ya no se exige de ella que encante con sus brillantes narraciones á hombres faciles de conmover, ni que satisfaga con sus meditaciones á entendimientos activos reducidos á ejercitarse solo en ideas generales : se espera de ella instrucciones analogas á las necesidades que se experimentan y á la vida que nos anima; se quiere conocer la verdadera naturaleza y el mecanismo interior de las instituciones; se desea presentar el movimiento de los partidos, seguirlos en sus combinaciones, estudiar los secretos de la influencia de las masas y de la accion de los individuos; es preciso que los hombres y los acontecimientos resalten á los ojos del entendimiento, no solo para interesarle y divertirle, sino para revelarle cómo se adquieren, se ejercen y se defienden sus derechos la libertad y el poder : cómo se combinan las opiniones, los intereses, las pasiones, las necesidades de las circunstancias, todos los elementos de la política activa. Esto es lo que viene á ser la historia para los pueblos libres.

Por lo regular, y conforme á la naturaleza misma de las cosas, la historia se reviste, con respecto á un pueblo, de estos diferentes caractéres, sucesivamente, y en épocas apartadas unas de otras. La aficion á las narraciones sencillas y poéticas, la propension á las generalizaciones filosóficas, la necesidad de instruccion política, se suceden casi siempre en tiempos y en estados de civilizacion muy diferentes.

El primer historiador que conoció la Grecia fué Herodoto. Ántes de él los hechos notables se habian ido trasmitiendo verbalmente en himnos y poemas cortos que se conservaban en la memoria. Su obra, donde reunió cuantos hechos verdaderos y fabulosos pudo recoger en sus viajes, presenta todo el interes de un poema, y los griegos congregados en los juegos olímpicos veían sus descripciones patrióticas con el mismo placer que sentian al escuchar los cantos de Homero.

Este carácter conservaron casi todos los historiadores de la antigüedad, los cuales, con descripciones pomposas, con arengas estudiadas, procuraban dar á la historia un carácter poético de que en estos últimos tiempos se ha despojado. Pero como la vida pública era tan activa entre aquellos pueblos, como los afanes de la libertad llenaban todos sus dias y dominaban sus pensamientos, las historias no podian ménos de tomar esta tendencia; y Tucydides, Genofonte, Salustio, Tácito, Polibio, son tambien escritores políticos, no porque se sujetasen á un sistema determinado, sino porque obedecian al espíritu de su época. Sobre todo, en lo que sobresalieron todos, fué en la diccion y belleza del estilo.

Despues de la caída del imperio romano, cuando Europa retrocedió al estado de barbarie, en la infancia de las naciones modernas, la historia volvió á ser el patrimonio de las canciones y romances. Escribiéronse, es verdad, al propio tiempo historias, pero como la vida pública habia dejado de existir; como los pueblos, las provincias, las clases y hasta los individuos vivian aislados y sin casi tener lazo alguno que los uniese; siendo ademas tales escritos obras de monjes retirados en sus monasterios, la historia se redujo á crónicas sencillas, en las que con rudeza y desaliño, se reducian sus autores á la indigesta narracion de los sucesos que veían ó llegaban á su noticia de un modo confuso, limitándose tal vez á leyendas de santos, ó anales de algun órden monástico.

Pero aquellos escritos áridos y toscos no podian satisfacer el ansia de los que al tiempo del renacimiento de las letras, leían con avidez las obras de la antigüedad que se iban descubriendo : y natural fué que procurasen imitar estos modelos que admiraban. La historia, pues, volvió á ser clásica en los siglos XV y XVI; en nuestra nacion, sobre todo, tomó la forma poética y galana de los historiadores griegos y romanos, particularmente de Tito-Livio, porque en cuanto á la profundidad de Tácito y demas historiadores políticos, ó no estaba al alcance de aquellos escritores, ó no se lo consentia la índole del gobierno en que vivian.

En los siglos XVII y XVIII tomó la historia el carácter filosófico propio de la era. Voltaire fué el primero que en Francia le dió esta direccion ; á su ejemplo Millot, Raynal en aquella nacion, Hume, Robertson, Gibbon en Inglaterra, escribieron obras que mas bien que históricas son largas disertaciones sobre cuantos objetos constituyen la civilizacion de los pueblos.

En el siglo actual, habiendo adquirido los estudios políticos un alto grado de importancia por efecto de las revoluciones y de la índole de los nuevos gobiernos, la historia ha tomado igualmente la misma tendencia, y se procura con ahinco estudiar la naturaleza de los gobiernos, su organizacion, sus leyes, cuanto puede suministrar documentos para guiarnos en la vida pública á que estamos entregados.

Con todo, á pesar de esto, en algunos escritores, cansados de disertaciones políticas y filosóficas, se ha verificado una especie de reaccion pretendiendo que la historia se debe reducir á la mera narracion de los hechos, presentándolos con el colorido propio de la época que se describe, y haciendo mover á los personajes de modo que aparezca bien en claro su carácter y su verdadera fisonomía. El objeto de este sistema

es dar á la historia todo el interes de la novela, reduciéndola á un cuadro dramático en el que todo presente movimiento y vida.

De lo dicho resulta que todos los métodos de escribir la historia se reducen en último análisís á dos sistemas principales. El uno que se llama *ad narrandum*, que tiene solo por objeto referir los hechos, con mas ó ménos bellezas poéticas, absteniéndose de observaciones, ó siendo estas muy escasas y rápidas : el otro *ad probandum*, en el cual los acontecimientos se relatan sumariamente, tomando solo ocasion de ellos para discurrir acerca de la organizacion política de los pueblos, de sus leyes, de sus progresos en las artes, ciencias y letras; en suma, acerca de cuanto constituye su civilizacion.

¿Cuál es, pues, el método preferible? Los dos son buenos, y la eleccion depende solo de la naturaleza del asunto. Si se trata, por ejemplo, de referir la conquista de Granada, la cual duró diez años y fué el teatro en que brillaron tantos grandes caractéres y se verificaron tan heróicas hazañas, será tal vez mas acertado servirse del primero que, por lo descriptivo y pintoresco, es grato á la imaginacion; pero si se traza la historia de una revolucion como la de Inglaterra ó Francia, entónces la mera descripcion de los hechos no suministraria las altas lecciones de moral y de política que deben sacarse de tan grandiosos acontecimientos.

Como quiera que sea, por una reunion admirable de circunstancias, todos los métodos de escribir la historia son admisibles en el dia, porque todos son susceptibles de interes en las circunstancias presentes para los pueblos europeos, los cuales sienten y anhelan satisfacer necesidades de todas especies.

Si nos refiere la historia con verdad y sencillez los primeros ensayos de la vida social, las costumbres de los pueblos en su orígen, aquel estado singular en que las ideas son pocas pero fuertes, las necesidades reducidas pero enérgicas, en que todas las pretensiones de la vida brutal luchan con los hábitos de la libertad selvática, nos hallará capaces de comprender semejantes narraciones, y muy inclinados á complacernos en ellas. Cincuenta años atras, el cuadro de aquella edad nos hubiera parecido grosero y repugnante; y su parte poética no fuera ni comprendida ni gustada : la sociedad toda se hallaba bajo el yugo de añejas formas, de hábitos envejecidos y de costumbres ficticias. Prodigiosos acontecimientos han renovado esta misma sociedad, destruyendo aquellas formas y costumbres. Las ideas sencillas, los sentimientos naturales han recobrado su imperio, los entendimientos, por decirlo así, se han rejuvenecido, y se han hecho capaces de comprender al hombre en todos los grados de civilizacion, recreándose tambien con las narraciones sencillas y poéticas de la sociedad naciente. En nuestros dias es cuando se ha conocido que los tiempos bárbaros merecian mtabien, bajo ciertos aspectos, el nombre de tiempos heróicos; en nuestros dias es cuando se ha adquirido la facultad, y conocido la precision de estudiar en su genuina verdad las ideas, instituciones y costumbres de los pueblos al dar los primeros pasos en la vida social. Así es que se ha dado á esta parte importante de la historia un interes de que ántes carecia, dejando de ser patrimonio exclusivo de las gentes eruditas : hasta los escritores de novelas se han apoderado de ella, procurando á sus lectores nuevos recreos y singular deleite.

Al propio tiempo, la necesidad de grandes consideraciones filsóficas

sobre los acontecimientos humanos y la marcha progresiva de las sociedades, se ha fortificado en vez de extinguirse. No hemos dejado de buscar en la historia algo mas que un mero relato de los hechos, y siempre exigimos de ella que los enlace con ideas generales, y nos presente los grandes resultados que ilustran las ciencias de la legislacion y de la economía, como tambien el vasto estudio de los destinos del género humano. Tan léjos, pues, de que nos hallemos ménos inclinados á considerar la historia bajo un punto de vista filosófico, no parece sino que con respecto á esto ha adquirido mayor interes todavía; sentimos mas que nunca la necesidad de ascender á las mas remotas causas de los acontecimientos, de reducirlos á su mas sencilla expresion, de penetrar en sus mas lejanos efectos : y si las antiguas crónicas han recobrado á nuestros ojos su encanto, las grandes combinaciones de la filosofía histórica son para nuestro entendimiento una necesidad indispensable.

En fin, la resurreccion de los pueblos modernos á la vida política, las nuevas instituciones que poseen, esa aurora de libertad que se ha presentado en medio de tantas borrascas, el tiempo pasado de que acabamos de salir, el tiempo presente que nos ocupa, el porvenir que nos inquieta, nuestra situation entera, todo esto da á la historia, considerada con respecto á la política, el mas grandioso interes. Ántes de ahora el movimiento de la vida pública, la accion de los partidos, las guerras de las facciones, la lucha de las asambleas, todas las agitaciones del poder y la libertad, eran cosas de que habíamos oido hablar, pero que no habíamos visto; que leíamos en los libros, pero que no sucedian al rededor nuestro. Ahora han pasado y están pasando á nuestros ojos; y todo nos mueve á estudiarlas, así como todo nos facilita su inteligencia.

La vida política no nos ha sido restituida á nosotros solos, sino que tambien ha penetrado en la historia, fria y sin objeto para hombres extraños al verdadero espectáculo de las escenas cuya memoria conserva. Al recobrar la inteligencia de la historia, hemos comprendido cuantos consejos y lecciones podia darnos; su utilidad no es ya, como en otro tiempo, una idea general, una especie de dogma literario y moral profesado por los escritores, mas bien que adoptado y practicado por el público. Actualmente el conocimiento mas ó ménos profundo de la historia, y sobre todo la de los pueblos libres, no es ya solo un placer pera los entendimientos cultivados, es tambien una necesidad para el ciudadano que quiere tomar parte en los negocios de su patria, ó cuando ménos, juzgar de ellos con acierto. Así es que este grande estudio se presenta ahora á nosotros con todo el interes que le es dado ofrecer, porque tenemos en nosotros la facultad de examinarlo bajo todos sus aspectos, y descubrir en él cuanto encierra.

Si, pues, todos los sistemas de escribir la historia pueden ser agradables y útiles en el dia, si la eleccion depende solo de la naturaleza del asunto y de la inclinacion del escritor, no es posible dar reglas fijas para esta clase de obras. Solo se pueden indicar algunos consejos.

En primer lugar, se necesitan en el historiador ciertas cualidades indispensables. La que va al frente de todas es la instruccion, que debe ser vasta y profunda, en muchas lenguas y ciencias, y con ella un conocimiento exacto del corazon humano. Necesita luego veracidad y exactitud en el relato de los hechos; imparcialidad en el modo de juz-

garlos; libertad para decir francamente lo que conviene; discernimiento para escoger los hechos que deben referirse y separar los falsos de los ciertos; moralidad, en fin, para ensalzar la virtud y anatematizar el vicio.

Aunque una historia suele abrazar muchos siglos, reinos enteros y aun el mundo todo, aunque son innumerables los hechos que tiene que referir, no debe carecer de plan, necesitando conservar cierta unidad en su conjunto. Esta parte es una de las mas difíciles, y requiere sumo ingenio en el escritor; porque solo un talento vasto, profundo, una cabeza fuerte y perfectamente organizada, pueden abarcar á la vez tal multitud de especies, coordinarlas, metodizarlas y dirigirlas todas á un fin único. Si los hechos no se han de presentar desunidos, si conviene dejar ver la trabazon que entre sí tienen, si han de presentar un cuadro completo y acabado, la tarea es ardua y de difícil ejecucion; y solo se consigue proponiéndose un fin que sirva como de centro de reunion á cuanto se refiera y diga.

En la narracion debe haber claridad para referir los hechos con órden y de modo que sin esfuerzo se entiendan; brevedad para pasar rápidamente por los sucesos poco interesantes, omitir en los mas notables las circunstancias inútiles, y no hacerlos pesados con la manera lenta de contarlos. El ornato y elegancia, que la narracion histórica admite en grado bastante elevado, debe ser siempre de buen gusto, y nunca recargado con falsos relumbrones ni vana hojarasca; todas las gracias de la elocucion, todas las formas oratorias, un lenguaje figurado hasta cierto punto, y un estilo armonioso, pueden encontrar su lugar en la historia, si se sabe distribuir todo esto con oportunidad y economía, y si estos atavíos son naturales, no buscados con demasiado estudio. Por fin, el historiador debe ostentar siempre dignidad en cuanto escriba, por ser esta cualidad esencial en semejantes obras.

Cuando se retrata algun personaje, conviene huir de antítesis, de distinciones sutiles, de contrastes chocantes, lo cual hace la pintura amanerada, descubriendo á las claras su falta de exactitud. Una pincelada vigorosa y dada como al paso, pinta mejor que el cuadro en que se hallan amontonadas en larga letanía las cualidades políticas y morales de un personaje. Este se debe conocer por lo que hace, mas bien que por estudiadas descripciones.

Si á veces se introducen arengas en boca de los personajes, se debe procurar que sean ciertas, extractadas de los discursos que realmente pronunciaron para presentar su espíritu y esencia: no falsas declamaciones que el historiador inventa á su placer, y en las que se le ve mas á él que á su héroe. Hay historias en que las arengas son mas naturales y oportunas que en otras, porque tratan de naciones sujetas á gobiernos populares en los que la palabra dirige el Estado; pero en los pueblos sujetos á un régimen despótico, donde no existe mas voz que una sola, los discursos llegan á ser hasta un anacronismo.

Por último, las reflexiones que se ingieren en la historia dependen en gran parte del sistema que el autor ha adoptado. Si su obra tiene un carácter filosófico, si se propone por objeto principal examinar la constitucion, las leyes, los progresos intelectuales de un pueblo, siendo esta la parte principal, las reflexiones tomarán el carácter y la forma de disertaciones mas ó ménos largas: pero si el objeto del his-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

toriador es puramente referir los hechos, toda reflexion demasiado larga que interrumpa el hilo del discurso y distraiga al lector del interes que deben inspirarle los acontecimientos, será un defecto digno de reprobacion; mas no por eso se habrán de desechar aquellas reflexiones breves y oportunas que ocurran al paso, y puede decir el autor sin detenerse en su marcha: estas, al contrário, dan mucha gracia y energía á la narracion, avivando la atencion de los lectores, procurándoles un descanso provechoso, y hasta sirven para dejar mas profundamente grabados en su memoria los acontecimientos.

Tenemos tambien en España gran número de cronistas é historiadores: los principales son D. Pedro López de Ayala, Gutierre Diez de Gámez, el autor desconocido de la crónica de D. Álvaro de Luna, Fernan Pérez de Guzman, Fernando del Pulgar, D. Luis de Ávila y Zúñiga, Pedro Mejía, Florian de Ocampo y su continuador Ambrosio de Moráles, Zurita, D. Diego Hurtado de Mendoza, el P. Juan de Mariana, Bartolomé de Argensola, D. Fernando de Moncada, D. Cárlos Coloma, D. Francisco de Melo, D Antonio Solis; y como historiadores sagrados, Fr. José Sigüenza, Fr. Diego de Yépes y el P. Martin de Roa.

CAPÍTULO III.

Composiciones novelescas.

Mucho se ha dicho contra este género de literatura, tachándole de inmoral y corruptor de las costumbres; pero la inmoralidad no está en el género, sino en el uso que de él se hace; y así como suele ser malo y nada provechoso, puede tambien ser, y ha sido con efecto muy á menudo, un medio eficaz de inculcar en el corazon de los lectores las mas sanas doctrinas. Fuera de esto, la aficion á las nouvelas no es un gusto facticio, pasajero, que puede desaparecer para ser reemplazado con otro mas provechoso: es una inclinacion natural del entendimiento humano que se recrea siempre con la narracion de ficciones agradables y entretenidas, ya porque le plazca lo extraordinario y maravilloso, ya porque necesite, como descanso de tareas mas sérias, el grato esparcimiento que tales escritos proporcionan.

Y no podian ser de otra suerte. Dotado el hombre de imaginacion viva y ardiente, en vano se querrá que no la ejercite, renunciando al placer que le causan sus producciones. Este placer es en él una necesidad que le es preciso satisfacer en todas las edades, en todas las condiciones de la vida. Es ademas un ejercicio noble, que le engrandece y le acerca á la divinidad, por lo que la imaginacion tiene de creadora; y como en este mundo real se ve rodeado de tantos males y miserias, le es lícito buscar la distraccion de sus penas en otro mundo que, aunque ficticio, se presente á lo ménos á sus ojos con la perfeccion que él desea. No tiene otro orígen esa propension del hombre á embelesarse en el dulce arrobamiento que á veces le hace creer mejoras imaginarias en su existencia, figurándose cercado de soñados bienes y ansiadas felicidades, y á lo que se ha llamado hacer castillos en el aire. Las novelas no son mas que castillos en el aire que otros se toman el trabajo de hacer para nuestro recreo.

Por esta razon, ha dicho Bacon muy acertadamente, que el gusto que tenemos por las novelas es una prueba de la grandeza y dignidad del entendimiento humano; porque los objetos del mundo real no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente; ansiamos, pues, alguna cosa que ensanche mas el corazon, apetecemos hechos mas heróicos y brillantes, acontecimientos mas variados y maravillosos, un órden de cosas mas espléndido, una distribucion mas general y justa de premios y castigos que la que estamos viendo; y no hallando esto en las historias, recurrimos á las novelas.

Es tal la inclinacion natural del hombre á las ficciones, que apénas llega un niño á entender el lenguaje de sus padres, no encuentra mayor entretenimiento ni cosa que le halague mas que los cuentos con que estos procuran distraerle, y su ansia por oirlos suele llegar hasta la importunidad. Asimismo, en los pueblos mas remotos, en los mas salvajes, se ha encontrado esta aficion; y congregados por la tarde á la puerta de sus chozas ó á la sombra de los árboles, se les ha visto siempre escuchar con interes sumo las consejas de la gente anciana, ó las aventuras que inventa el mas locuaz de la reunion. Esta costumbre, que aun subsiste en Asia, se encuentra desde los primitivos tiempos del mundo. Famosos se hicieron los indios y los persas por sus cuentos; y los antiguos griegos ponderaban mucho los llamados *jónicos y milesios*. Nada nos ha quedado de estas fábulas que, segun noticias, giraban sobre aventuras amorosas, y cuyo lenguaje era harto libre. Sin duda se encomendaban solo á la memoria, ó no se apreciaban como género de literatura digno de conservarse y trasmitirse á la posteridad. Tampoco se ha dejado de extrañar que entre tantas obras de diversos géneros como nos han legado griegos y latinos, no se encuentra una sola novela perteneciente á los siglos de oro de su literatura; las pocas que existen, como el Asno de oro, Teágenes y Cariclea, Dafnis y Cloe, son ya de los siglos de la decadencia; y esto hace creer que nunca pasarian de cuentos cortos, no ocupándose en componer novelas de larga extension, las cuales se tuviesen ya por obras dignas de conservarse y de figurar en las bibliotecas.

En la edad média existieron con mucha boga dos géneros de historia ficticia bastante distintos uno de otro. Era el uno imitacion de los árabes, cuya aficion á fabulas y consejas es un rasgo nacional característico; y consistia en cuentos cortos, la mayor parte sobre asuntos amorosos, y en estilo picaresco ó con licenciosa sencillez: los trovadores, y mas tarde los poetas del norte de Francia, fueron los que mas crédito le dieron, y existen hoy dia colecciones de infinitos *fabliaux* (fablas), como los llamaban. El otro género fué el de las novelas caballerescas que empezaron tambien en el norte de Francia, y se extendieron con prodigiosa rapidez por toda Europa. Hallábase este género muy en armonía con las costumbres de la época: representaba aquel espíritu aventuro de que estaban las gentes poseidas; y las proezas extraordinarias, los encantamientos maravillosos, los amores platónicos, no podian ménos de agradar á los armados guerreros que iban en busca de aventuras semejantes. Cuando la decadencia del espíritu caballeresco y la obra inmortal de Cervántes acabaron con esta clase de novelas, les sucedió otro género que tuvo un tiempo gran boga, aunque de carácter á la verdad, bien opuesto. La vida pacífica

del campo reemplazó el estruendo de los combates, y tanto en España como fuera de ella, se multiplicaron las novelas pastorales. Dejaron fama, entre otras, la *Arcadia* de Sannázaro; las dos *Dianas*, de Gil Polo y Montemayor; la *Galatea*, de Cervántes; el *Pastor de Filida*, de Luis Gálvez de Montalvo; la *Constante Amarilis*, de Cristóbal Suárez de Figueroa. Mas esta clase de novelas no contentaba, no satisfacia enteramente la curiosidad. Pintaba costumbres ideales, no representaba la sociedad, y buscándose otro género mas análogo á la época, mas popular, se creó el genero truhanesco, que fué cultivado principalmente en España, y produjo el *Lazarillo de Tórmes*, de Mendoza; el *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman; *Rinconete y Cortadillo*, de Cervántes; el *Gran Tacaño*, de Quevedo, y otras muchas que han corrido toda Europa.

Pero la novela por excelencia, la única en su género, la que ha merecido colocarse aun al lado de los mas famosos poemas épicos, la que existirá siempre cuando todas las demas novelas, obras que nacen y mueren con tanta profusion como facilidad, hayan desaparecido, es el inmortal *Quijote*, de Cervántes; mas con esta produccion extraordinaria parece que quedó como agotado el caudal novelesco de España, pues desde entónces, ó poco despues, no solo no se ha dado á luz obra notable en este género, sino que parece haber muerto enteramente tal clase de talento en nuestro país, contentándonos con traducir las novelas que se escriben en otras naciones donde la fecundidad en este punto ha llegado ya á rayar en una especie de calamidad.

Trasladóse en primer lugar á Francia el ingenio novelesco; y despues de traducir ó imitar nuestras obras, se compusieron allí novelas que, con personajes históricos, no eran otra cosa mas que una pintura de las costumbres galantes de la época. La *Clelia*, el *Ciro*, la *Cleopatra*, trasformaban á los personajes de la antigüedad en almibarados galanes y damas remilgadas que se enamoraban entre sí al estilo de la corte de Luis XIV, y adormecian suavemente al lector en largos y pesados tomos de aventuras inverosímiles. Poco duró este gusto; y el abate Prevost introdujo las novelas familiares, al mismo tiempo que Ana Radcliffe daba boga en Inglaterra á las novelas espantosas de castillos, cuevas y fantasmas. Por fin el inglés Richardson trató de dar á esta clase de composiciones una tendencia moral y cierto grado de utilidad que ántes no tenia, presentando personajes de la clase média que, colocados en situaciones naturales, pero interesantes, manifestasen sus virtudes y sus vicios para hacer amar aquellas y detestar los últimos. *Clara Harlowe*, *Pamela*, *Grandison*, obras de aquel ingenio, son todavía, á pesar de su desmedida extension, los modelos en este género; el cual ha prevalecido durante mucho tiempo, hasta que en este siglo Walter-Scott en Inglaterra, y en Francia multitud de autores han dado á la novela un rumbo diferente.

Walter-Scott es en nuestro juicio el que ha llevado esta clase de composiciones á su mayor perfeccion, dándoles toda la utilidad de que son susceptibles. Sus novelas son históricas, pero no á la manera de las Clelias y Cleopatras, sino reproduciendo los personajes y las épocas con admirable exactitud, y con tal talento, que parecen revivir y creemos verlos obrar y hablar como si realmente existieran. Este modo de escribir la novela, difícil por los profundos conocimientos que exige,

puede considerarse como un suplemento utilísimo á la historia. En la historia no conocemos sino los hechos en grande, no vemos á los personajes sino en su vida pública; en aquellas situaciones extraordinarias en que el hombre reune todas sus fuerzas para producir grandes acciones, y aparecer quizá lo que no es; pero la novela, tal como la ha concebido Walter-Scott, nos muestra esos mismos personajes en su vida privada, en el interior de su casa, en el trato familiar lo mismo que en la escena política con todos sus vicios y virtudes, y por lo tanto nos los da mejor á conocer; enseñándonos á la par mil usos y particularidades de los tiempos pasados que la historia tiene que callar necesariamente, y que de este modo no quedarán perdidos para los siglos futuros, como lo han sido para nosotros la mayor parte de los usos antiguos.

Los franceses, por su lado, cultivando en estos últimos tiempos la novela con una especie de furor, le han dado sin embargo una tendencia funestísima. Exceptuándose unas cuantas obras de indisputable mérito, la mayor parte tienen por objeto presentar los vicios mas torpes é inmundos de la sociedad, desencantando el corazon de todas las ilusiones, y persuadiendo que no existen en el mundo virtudes; pues hasta estas se reputan en aquellos libros inmorales como infame hipocresía ó como viles juguetes de la perversidad triunfante. Esta escuela que representa á la humanidad aun mucho peor de lo que es, solo sirve para desmoralizar al hombre ó desconsolarle.

Vemos, pues, que la novela ha seguido, como la historia, el espíritu de su siglo; y con efecto, no hay género de composicion mas ocasionado á contagiarse con él, puesto que sirviendo especialmente para el recreo de las gentes, este solaz faltaria donde el lector no hallase reproducidas sus ideas, donde los sentimientos no estuviesen en conformidad con los suyos. Así, pues, en los pueblos primitivos, donde el narrar es un recreo diario, un placer de sociedad, no una distraccion solitaria, donde la imaginacion es viva, pronta, impaciente, donde se escucha y no se lee, la novela está reducida á cuentos y alegorías de corta extension, que se refieren en pocos minutos, y que encantan por lo maravilloso ó por la gracia del que los relata. Esto sucedió en la antigüedad.

Cuando la sociedad se perfeccionó corrompiéndose, y se perdieron las costumbres patriarcales, cuando otros espectáculos se ofrecieron á la ardiente curiosidad de hombres ansiosos de sensaciones, cuando la novela pasó de la sociedad al retiro para ser un remedio contra el fastidio del solitario, hízose mas extensa, mas variada, y vino á ser, de mero cuento, un libro : tal la vemos ya en tiempo de los emperadores romanos.

Luego que las sociedades europeas retrocedieron á la barbarie, volvieron los cuentos breves en fábulas y leyendas; mas así que nació en Europa una institucion general, cual fué la caballería, que daba á todos los espíritus una misma tendencia, la novela se conformó con ella, y fué por todas partes caballeresca.

Cesó el espíritu de caballería, cobraron vigor los gobiernos monárquicos, estos cuidaron de apagar toda idea de libertad, de independencia, procuraron crear un espíritu servil y cortesano, y la novela se contentó con amores pastorilles, ó con la pintura crítica de la gente baja y

trunanesca, mas no se atrevió á atacar los grandes vicios de la sociedad.

Llego el siglo filosófico, y la novela fué tambien filosófica, ora moralizando acerca de las virtudes y vicios de los hombres, ora llevando mas arriba su atrevido vuelo, atacando las instituciones sociales y religiosas que la filosofía se proponia destruir.

Logró su intento la filosofía : las antiguas instituciones cayeron á su impulso, y acontecieron espantosas revoluciones. La novela entónces tenia dos rumbos que tomar : ó hacerse política, ó representar la anarquía moral y religiosa, producto de aquellos trastornos. Uno y otro camino ha seguido, siendo la política en Walter-Scott, anárquica en los novelistas franceses.

La novela es un género fácil cuando se trata solo de contentar el gusto poco delicado del comun de los lectores; pero ofrece sumas dificultades cuando ha de cumplir con su objeto y de satisfacer á las gentes morigeradas y entendidas. Es la obra donde mas trabaja la imaginacion : supone originilidad, sensibilidad exquisita, conocimiento profundo del corazon y de las costumbres; pide fuerza, vigor, y al propio tiempo flexibilidad de ingenio; exige un gran caudal de erudicion para delinear con exactitud el carácter de los hombres célebres; y hace ademas indispensables las galas del lenguaje, exigiendo facilidad en el manejo de toda clase de estilos. Instruir y deleitar debe ser su lema : instruir y deleitar el fin que se proponga en todas sus producciones.

Por consiguiente, es necesario que ante todas cosas reine en la novela la moral mas pura, y que sus autores no se permitan la menor liviandad, ni siembren máximas opuestas á las buenas costumbres : se requiere ademas en ella una serie de sucesos tales, que por su novedad, por lo variado de los acontecimientos y lo sorprendente de las situaciones, interese del modo mas vivo á los lectores ; pero estos lances no han de ser increíbles, ni los sucesos extravagantes, ni las situaciones violentas. Como la monotonía es la muerte de toda obra literaria, conviene variar y diversificar mucho los carácteres, dibujarlos con suma exactitud, contrastarlos debidamente, y sobre todo sostenerlos; y por medio de una sensibilidad exquisita, pintar toda suerte de escenas patéticas, ya tiernas, ya horrorosas, ya tristes, conmoviendo por este medio el corazon de los lectores. Finalmente, el conjunto de los sucesos debe disponerse de tal suerte, que haya en el todo unidad, y cierta combinacion tan bien entendida, que camine la accion desembarazadamente, sin tropiezos, sin confusion, interesando cada vez mas, complicándose si se quiere, pero sin embrollo, y desenlazándose naturalmente aunque sorprenda. Todo esto acompañado de un estilo acomodado á la índole general de la obra, y que varíe oportunamente segun lo exijan las situaciones, los lances y los caractéres; pero siempre puro, elegante, correcto, aun en los pasajes mas sencillos y familiares; pues como la novela es una obra de mera imaginacion, son mas imperdonables en ella, que en otra obra alguna, las faltas de lenguaje.

Por lo general, se ha adoptado para la novela la forma narrativa, dándose mas ó ménos ensanche á la parte dialogada, la cual se procura presentar en el dia con un carácter dramático; pero algunos, y Richardson fué quien dió el ejemplo, han adoptado la forma epistolar,

en la cual los personajes se refieren, escribiéndose unos á otros, los sucesos que acontecen. Esta forma tiene la ventaja de poder describir los sucesos con mas individualidad, y dar á conocer mas á fondo el carácter y los sentimientos de los mismos personajes; pero es minuciosa, difusa, llega á cansar, y debilita el interes en sumo grado.

CAPÍTULO IV.

Composiciones didácticas.

Son didácticas aquellas composiciones en que el autor se propone instruir á sus lectores sobre objetos de ciencias, artes ó literatura.

Las composiciones didácticas pueden ser : ó meros elementos que solo tienen por objeto iniciar en los principios de las ciencias á los que empiezan á estudiarlas; ó tratados magistrales en los que ya se asciende á sus mas sublimes teorías; ó disertaciones sobre cualquier punto de los conocimientos humanos.

Todos estos escritos piden un estilo puro, correcto, preciso y claro : los correspondientes á las dos primeras clases deben estar ademas limpios de toda superfluidad y ornato; las disertaciones admiten ménos sencillez y pueden, hasta cierto punto, engalanarse con todas las bellezas del lenguaje.

Lo que sobre todo se requiere en los elementos y tratados magistrales, es el órden y encadenamiento de las ideas, la claridad del plan, la buena distribucion de todas las partes, y el cuidado de no confundir bajo un mismo título cosas que sean realmente distintas.

En los elementos es preciso no omitir ninguna de aquellas ideas intermedias que conducen de una proposicion á otra y hacen que se deduzca esta de aquella, porque la escasa inteligencia de los lectores en la materia que se trata, exige que se les vayan suministrando los nuevos conocimientos por medio de imperceptibles transiciones : los tratados magistrales deben dispensarse de este trabajo, porque ya se supone al lector iniciado en aquellos conocimientos preliminares.

Siempre se deben emplear con parsimonia los términos técnicos; pero en los elementos conviene escasearlos mas todavía, porque asustan á los principiantes y los retraen tal vez de un estudio que de otro modo pueden hacer con facilidad.

En unos y otros escritos se cuidará con el mayor esmero de las definiciones, no dándolas nunca sino cuando pueden ser bien entendidas ó apoyadas con las suficientes explicaciones.

En las disertaciones ya hemos dicho que puede el escritor elevarse mas y embellecer su obra con todas las galas del lenguaje. Lo propio se permite en ciertas obras donde la ciencia se ostente ya en toda su grandeza y sublimidad : las gracias del estilo contribuyen mucho á vulgarizar ciertos conocimientós, alejando de ellos el aspecto pedantesco y repugnante, y hacen un servicio importantísimo á la civilizacion los que emplean su pluma en tan laudable objeto; pero es preciso cuidar mucho de no dar en el exceso, presentando las verdades científicas con el ridículo aparato de figuras, imágenes y altisonante estilo;

porque entónces semejantes escritos causan la misma risa que una fea que se esfuerza en parecer bonita con extravagantes adornos.

Son los mejores modelos de esta clase muchos discursos de Jovellanos, á quien conviene estudiar particularmente.

Tambien en el número de escritos didácticos se pueden comprender los artículos de periódicos sobre ciencias, artes y literatura. Estos admiten todovía mas amenidad, porque se dirigen por lo regular, mas bien que á las personas inteligentes, á gente lega en la materia, de escasa instruccion, y que dedican poco tiempo á la lectura de semejantes artículos, ó los dejan luego si encuentran oscuridad ó poco agrado. Por esta razon, máxime si el artículo es de crítica ó destinado á alguna polémica interesante, conviene usar del estilo satírico y punzante, siempre que no degenere en bajo y chocarrero, ó hiera demasiado.

CAPÍTULO V.

Composiciones epistolares.

Las cualidades que distinguen el estilo epistolar, son la naturalidad y sencillez en el mas alto grado : toda afectacion es un vicio que se debe evitar; porque al fin, una carta no es mas que parte de una conversacion que se tiene con otra persona. Sin embargo, estas cualidades no excluyen los pensamientos ingeniosos y profundos siempre que se empleen con economía y oportunidad, especialmente si se trata de algun asunto grave, ó se refieren sucesos; tampoco la sencillez autoriza el descuido y desaliño en el lenguaje, el cual debe correr sueltamente, las mas veces en períodos cortos, porque los largos ó demasiadamente musicales descubren la afectacion. Sobre todo, lo que se reprueba en las cartas es el empleo de símiles, metáforas, apóstrofes, exclamaciones, y todos los demas adornos que corresponden solamente á la mas alta elocuencia.

Modelo de cartas son entre nosotros las del bachille Fernan Gómez de Cibdareal, médico del rey D. Juan II, cuya coleccion corre con el título de *Centon epistolario*. Merecen estudiarse igualmente las de Fernando de Pulgar, del bachiller Pedro de Roa, de Santa Teresa de Jesus, de D. Antonio de Solis y del P. Feijóo.